

DR. GOEBBELS

F X 19  
13 pp

# LA LUCHA EN EL ESTE Y LA GUERRA TOTAL

DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL MINISTRO DE  
PROPAGANDA DEL REICH EN EL PALACIO DE LOS  
DEPORTES DE BERLÍN, EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1943

Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



Residencia  
de los estudiantes



**Residencia de los Estudiantes**

En el Palacio de los Deportes de Berlín, abarrotado de un público integrado por representantes de todos los sectores sociales de Alemania, pronunció el Ministro de Propaganda del Reich, Dr. Goebbels, el día 18 de febrero de 1943, uno de los discursos más trascendentales y emocionantes de cuantos se han escuchado desde que se inició la guerra. Si por un lado ha constituido el discurso un vibrante llamamiento a todos los pueblos de Europa ante la amenaza del peligro bolchevique, por otro debe valorarse el solemne acto como un auténtico plebiscito nacional, dado el fervoroso y unánime entusiasmo con que fueron acogidas por el auditorio las palabras del orador con las que anunciaba la decisión de movilizar íntegramente a la nación alemana para su incorporación total a la guerra. Ello demuestra la voluntad firme y unánime del Reich de intensificar la lucha hasta la victoria definitiva.

Pronunciado el discurso en el momento en que la campaña invernal soviética demostró en toda su extensión la fuerza amenazadora del bolchevismo, todo él está impregnado de la serena gravedad del momento.

Hechos militares posteriores favorables a las armas del Reich que combaten en el Este, han rebajado justamente la tensión dramática de la población alemana. Mas contra optimismos prematuros previene el propio Goebbels en un artículo reciente difundido por "Das Reich". No quiere el Ministro de Propaganda entenebrecer en modo alguno el horizonte de la nación, ni acallar legítimas confianzas; pero sí procura que el fervor nacional no se aplaque al valorar con exceso los éxitos alcanzados por la actual contraofensiva alemana.

Dice el Dr. Goebbels en el citado artículo:

"Los dolores y las angustias que nos apremiaron durante los sombríos meses de invierno, día y noche, seguirán siendo nuestros

compañeros en los meses y semanas próximos. No nos encontramos todavía en la cima, sino ante la montaña. El que se deje llevar por ilusiones fáciles prueba solamente que no ha comprendido cabalmente nuestra dura crisis invernal. Esta crisis hubiera sido más grave de no haberla advertido a tiempo. Sólo hay un medio de evitarla: movilizando y desplegando toda nuestra fuerza nacional. Hay que utilizarlo todo y debemos continuar desconfiados y vigilantes."

\*

\* \* \*

De este magnífico discurso del "gran intérprete del espíritu y sentimientos" alemanes, como se le ha calificado con reiteración, tomamos los párrafos más significativos y trascendentales:

Stalingrado fué el gran grito de alarma que conmovió a la nación alemana. Un pueblo que posee capacidad suficiente para soportar y sobreponerse a tal desgracia, y aun para derivar de ella una fuerza supletoria, es invencible.

Os hablo al corazón desde lo más profundo del mío, y ello me obliga a que tengan mis palabras la solemne gravedad de la franqueza que impone la hora presente. Nosotros, los alemanes educados en el Nacionalsocialismo, estamos inmunizados contra la debilidad y el abatimiento; y así, las adversidades de la guerra sólo contribuirán a incrementar nuestra fuerza y resolución, y a darnos una actividad combativa que nos permita superar todos los obstáculos con aliento revolucionario.

No es el momento de preguntarse cómo han sucedido los últimos acontecimientos desgraciados en el Este. Esto queda reservado a una futura rendición de cuentas, que tendrá lugar públicamente ante la nación alemana.

La hora apremia y no es momento para abandonarse a debates infructuosos. Debemos actuar con la rapidez y energía características del modo nacionalsocialista.

Tengo la misión de ofreceros una imagen escueta de la situación, y de deducir de ella las más duras consecuencias, que alcanzan a la nación alemana entera.

Sufrimos en estos momentos en el Este una dura prueba militar. El asalto de la estepa contra nuestro viejo Continente ha sido desencadenado este invierno con una dureza que excede de cuanto puede representarse la imaginación humana. El ejército alemán con sus aliados constituye el único valladar capaz de contenerlo. Repetidas veces ha planteado el Führer, con palabra grave, la pregunta de cuál sería la suerte de Europa si en lugar de existir una pujante Alemania nacionalsocialista, estuviera el Reich en manos de un régimen democrático y burgués.

Cuando el 22 de junio de 1941 se inició la guerra en el Este, sabíamos las proporciones y trascendencia de la lucha que empezaba; pero nos constaba también que estos peligros y dificultades no se reducían con la espera. Entonces, nuestra vacilación hubiera conducido al aniquilamiento del Reich y a la bolchevización de Europa entera.

Sin embargo, es comprensible que, dados los procedimientos de engaño y cautela habituales en la Unión Soviética, no apreciáramos exactamente entonces todo su potencial bélico, que ahora se nos revela en sus proporciones reales. La lucha que nuestros soldados llevan a cabo en el Este rebasa, por su dureza, dificultades y peligros, toda representación posible. Ello exige que apelemos a toda nuestra potencia nacional.

Existe una amenaza para el Reich y para todo el Continente europeo, que relega a la penumbra cuantos peligros se cernieron jamás sobre el Occidente. Si falláramos en esta lucha, dejaríamos escapar nuestra misión histórica. Todo cuanto hicimos y creamos hasta el presente, palidece ante la misión gigantesca que ahora tienen ante sí el ejército y el pueblo alemanes.

Me dirijo en primer término a la opinión mundial, y proclamo frente a ella tres tesis de nuestra lucha contra el peligro comunista:

Primera: Si el ejército alemán no estuviera en situación de con-

jurar el peligro que amenaza desde el Este, el Reich, y con él, en breve tiempo, toda Europa, serían presa del bolchevismo.

Segunda: El ejército y el pueblo alemanes, ayudados por sus aliados, constituyen la única fuerza capaz de salvar a Europa de esta amenaza.

Tercera: Toda demora entraña un peligro. Es preciso obrar rápidamente y a fondo. Si no, será demasiado tarde.

Siempre ha proclamado el bolchevismo abiertamente su propósito de llevar la revolución no solamente a Europa, sino al mundo entero, y de precipitar a éste en el caos bolchevique. Desde la fundación de la Unión Soviética, este objetivo ha sido defendido ideológicamente, y prácticamente propugnado por el Kremlin. Es natural que Stalin y sus secuaces, conforme crean acercarse más a la realización de sus propósitos, más empeño pongan en ocultarlos y disimularlos. Mas esta táctica, ya conocida por nosotros, no puede inducirnos a error. No pertenecemos a aquellos espíritus timoratos y pusilámines que, cual conejos hipnotizados, permanecen mirando inmóviles a la serpiente hasta que son devorados por ésta. Nosotros reconocemos oportunamente el peligro y le hacemos frente con los medios adecuados.

Las declaraciones sobre el papel, hechas por el Kremlin, o en forma de garantías dadas por Londres o Washington contra estos propósitos soviéticos, irrevocables, no nos impresionan. Sabemos que en el Este tenemos que luchar contra una potencia demoníaca e infernal que no reconoce ni respeta las relaciones habituales entre los Estados y entre los hombres.

Cuando, por ejemplo, lord Beaverbrook declara que Europa debía poner la dirección del Continente en manos de los Soviets; o cuando el periodista Brown, un judío norteamericano, afirma cínicamente que la bolchevización de Europa significaría la solución de nuestros problemas continentales, sabemos muy bien lo que se quiere decir con esto. Las potencias europeas se encuentran ante una cuestión vital y decisiva. El Occidente está en peligro. El que ciertos Gobiernos y determinados sectores intelectuales de algunos pueblos europeos lo vean o no así, es secundario. Mas el pueblo alemán no está dispuesto en ningún caso a abandonarse a este peligro, ni aun a

título de ensayo. Detrás de las divisiones soviéticas en marcha están los pelotones de ejecución judíos, y con ellos, el terror, el espectro del hambre para millones de seres y la anarquía más absoluta. Toda la obra constructiva realizada por la Humanidad occidental durante dos milenios, está en peligro.

Los Estados europeos, incluida Inglaterra, afirman ser lo suficientemente fuertes para poder hacer frente a tiempo y con la eficacia necesaria, a la bolchevización del Continente europeo, caso de que ésta llegara a tener efectividad. Tal afirmación es perfectamente infantil. Si la potencia militar más fuerte del mundo no pudiera quebrar la amenaza del bolchevismo, ¿quién iba a poder hacerlo?

Hay que pensar siempre que el bolchevismo oriental no es sólo una doctrina teórica, sino, además, una práctica terrorista que persigue sus propósitos y objetivos con tenacidad demoníaca, hasta agotar todo su potencial interno, y sin consideración alguna a la paz, bienestar y felicidad de los pueblos que somete a su yugo.

¿Qué harían Inglaterra y Norteamérica si el Continente europeo cayera, para su desgracia, en los brazos del bolchevismo? Ya dije una vez que el bolchevismo tiene distribuidas sus legiones extranjeras, representadas por los respectivos grupos comunistas, por todos los Estados democráticos; y ninguno de ellos puede afirmar, de sí, estar inmunizado contra una bolchevización procedente del interior.

Todos los compromisos y obligaciones territoriales que la Unión Soviética suscriba carecen a nuestros ojos de valor efectivo. El bolchevismo no sólo no respeta las fronteras militarmente, sino tampoco las ideológicas, y de aquí su gran peligro expansivo.

Estoy firmemente convencido de que los lores y arzobispos que se lamentan en Londres no tienen la intención de oponerse prácticamente al peligro bolchevique que actualmente amenaza a los Estados europeos si los ejércitos soviéticos siguiesen avanzando. El judaísmo ha penetrado tan profundamente en el terreno espiritual y político de los países anglosajones, que ya no son capaces de

percibir claramente el peligro bolchevique que sobre ellos se cierre. Al darse la mano el judaísmo occidental y el que puebla los "ghettos" del Este europeo, ponen a nuestro Continente en peligro de muerte. Con estas palabras no pretendo alamar ni captar la opinión pública de los países neutrales o enemigos. Esta no es mi intención ni mi propósito. Sé, además, que la Prensa inglesa afirmará mañana con gran estrépito que he realizado los primeros sondeos con vistas a la paz, presionado por nuestra situación en el frente del Este. **Mas hoy en Alemania nadie piensa en una paz de compromiso, y sí todos en una guerra dura.**

En mi calidad de portavoz responsable de un gran país, me permito dirigir al Continente un llamamiento sobre el peligro que amenaza no sólo a nuestro propio país, sino a Europa entera.

En este sentido, el pueblo alemán y sus aliados realizan una misión europea al enfrentarse, con las armas en la mano, con este peligro inmediato y vital.

.....

**La batalla de Stalingrado se ha convertido en un símbolo de esta resistencia heroica contra la revolución de la estepa, y ello ha tenido para el pueblo alemán una importancia espiritual de efectos extraordinarios.**

Queremos mirar los hechos de frente, por duros y crueles que éstos sean. En el Este prosiguen nuestros soldados su resistencia heroica en terribles combates defensivos. Es una lucha sin clemencia que el Führer caracterizó con exactitud al declarar que en ella no habría vencedores y vencidos, sino solamente supervivientes y muertos. El pueblo alemán se ha dado cuenta exacta de ello. Hoy sabemos que la guerra relámpago de Polonia y toda la campaña del Oeste no tienen sino un valor secundario en relación con la empresa que hemos de superar en nuestro frente oriental. Aquí, la nación alemana pone en juego todo y lucha por cuanto posee. Aquí defiende sus bienes más sagrados, sus familias, sus mujeres y sus hijos, sus campos, sus ciudades y sus pueblos, y la herencia, en fin, dos veces milenaria, de su cultura. Para todos estos tesoros de nuestro pueblo no tendría el bolchevismo la menor comprensión, ya que no los tuvo ni los tiene siquiera para los de su propio pueblo. Las enormes masas de tanques que ha lanzado aquél con-

tra nuestro frente, es el resultado de veinticinco años de desgracia social y de miseria del pueblo bolchevique. Mas frente a estas armas y métodos hay que oponer métodos y armas iguales. Para ello es indispensable que la nación entera se incorpore a la guerra y viva para ésta. Ya no puede tratarse de mantener un alto nivel de vida a costa de debilitar nuestra capacidad defensiva; ahora se trata ya de incrementar ésta a costa de un nivel de vida que ya no estaría en armonía con el momento.

La guerra total es el imperativo de la hora presente. Si gigantesco es el peligro que nos acecha, gigantescos deben ser también nuestros esfuerzos para hacerle frente. Ha llegado el momento de quitarse los guantes de seda y de utilizar los puños. La situación exige el empleo integral de nuestros recursos. El porvenir de Europa depende de nuestra lucha en el Este. Estamos dispuestos a defenderla, y la nación alemana ofrece para ello, generosamente, su sangre preciosa. Ahora, que los demás pueblos pongan por lo menos su trabajo. Algunos pueblos niegan aun esta obligación; pero aquellos que así lo hacen y que no comprenden todavía el significado de esta lucha, mañana nos agradecerán haber tomado valerosamente su defensa.

No nos importa que ahora diga el enemigo que las medidas que tomamos para organizar la guerra total son semejantes a las adoptadas por los bolcheviques. No interesan ahora los métodos que hayan de emplearse para derrotar al bolchevismo, sino solamente el objetivo; esto es, la eliminación del peligro. Nosotros, que hemos asumido la dirección del pueblo nacionalsocialista, estamos dispuestos a todo y actuaremos sin consideraciones a las protestas de éste o aquél.

Por lo demás, el pueblo alemán está todo él unido por una misma idea. Todo alemán sabe que si esta guerra se perdiera, la nación alemana sería aniquilada. Por eso, la organización total de la guerra es algo que interesa a toda la nación.

El supuesto necesario para llevar a cabo la guerra total es, naturalmente, que las cargas y dificultades de la misma se distribuyan equitativamente entre toda la población. No puede tolerarse que todo el peso de la guerra gravite sobre la mayor parte de aquélla, mientras un reducido sector procura eludir su esfuerzo. Por eso, las medidas que hemos adoptado y las que en lo sucesivo adoptemos estarán impregnadas del espíritu de justicia nacionalsocialista. Sabemos que al tomar aquellas medidas interpretamos la voluntad unánime de la nación. Debemos siempre pensar que la guerra más radical es siempre la guerra más corta. Es necesario que en el Este recobremos la iniciativa, y para ello es indispensable que movilizemos las fuerzas indispensables, existentes aún en grandes proporciones en el país. Pero la hora apremia y la rapidez es su imperativo.

.....

El frente, donde tantos sacrificios se realizan, tiene un derecho elemental para exigir que ni uno solo de cuantos permanecen en la patria eluda las obligaciones y deberes que la guerra impone. Mas no es sólo el frente quien así lo exige, sino la inmensa mayoría de la nación.

.....

El Gobierno, por su parte, hará, sin embargo, cuanto esté en su mano para que en estos momentos difíciles no carezca el pueblo que trabaja de las necesarias posibilidades de recreo y esparcimiento. Los teatros, los cines y las salas de conciertos permanecerán en plena actividad. Por tanto, y como compensación de aquellas medidas de rigor que impone la guerra, he ordenado que los espectáculos y lugares donde el pueblo puede gozar unas horas de recreo, intensifiquen su acción. Lo mismo se ha hecho con los centros e instalaciones deportivas, que tienen la misión de incrementar la fuerza física de los ciudadanos, más indispensable ahora que nunca.

.....

El problema actual redúcese a lo siguiente: a obtener soldados para el frente y obreros de ambos sexos para las industrias de

guerra. A estos dos objetivos deben supeditarse todas las demás necesidades. No significa la situación que estas medidas creen una estabilización definitiva de nuestro nivel de vida, sino el resultado transitorio de resoluciones eventuales necesarias para alcanzar un fin: la victoria total.

Afirman nuestros enemigos que la mujer alemana no está en situación de sustituir al hombre en la economía de guerra. Yo estoy, sin embargo, convencido de que la mujer alemana está firmemente decidida a ocupar el puesto que el hombre deja vacante por marchar al frente, y a capacitarse perfectamente para reemplazarle en corto plazo. Todas las mujeres que se ofrezcan voluntariamente para desempeñar estos puestos que quedarán libres, no harán, con su acción, sino cumplir un deber de gratitud para con el frente. Cientos de miles se han ofrecido ya, y otras tantas vendrán en breve.

Rechazo con desprecio la acusación que nos dirigen nuestros enemigos, según los cuales todo esto no es más que una imitación del comunismo. Nosotros no queremos imitar al comunismo, sino vencerle; y para ello utilizaremos los medios y los métodos adecuados. La mujer alemana es la primera en comprender esto, porque hace ya tiempo que ha reconocido que la guerra que hoy sostienen nuestros hombres es, ante todo, una guerra por la salvación de sus hijos.

Unicamente cuando tengamos suficientes soldados y suficientes armas podremos conjurar definitivamente el peligro que viene del Este y el que provocan las potencias anglosajonas en el Oeste y en el Sureste. Sin embargo, Londres y Washington no deben hacerse ilusiones acerca del recibimiento que dispensaría el ejército del Reich a cualquier intento de invasión por cualquier parte de Europa.

Me siento satisfecho al someter al pueblo alemán este programa de victoria, y sé que el pueblo no sólo acoge favorablemente estas medidas, sino que las exige más imperiosamente que nunca. Estoy convencido de que la nación alemana ha sido iluminada por el trágico golpe de Stalingrado. El pueblo conoce toda la verdad y está

dispuesto a seguir adelante, salvando todos los obstáculos, guiado por el Führer.

El pueblo italiano, bajo la dirección de su gran Duce, continuará a nuestro lado, recorriendo el camino hacia la victoria. Además, en el Asia Oriental, el valeroso pueblo japonés asesta golpe tras golpe a las potencias anglosajonas. Así, pues, estas tres grandes potencias proseguirán con sus aliados la lucha contra la tiranía plutocrática y contra la amenaza bolchevique.

Nadie, entre nosotros, duda que la victoria será nuestra. Mientras que en el frente del Este continúan nuestras tropas conteniendo en terribles batallas defensivas el ataque de la estepa, prosiguen nuestros submarinos su acción eficaz en todos los mares del mundo, y causan pérdidas al tonelaje enemigo que no pueden ser compensadas ni remotamente con las nuevas construcciones

.....

La Prensa inglesa y norteamericana se ocupa en estos días, extensamente, de la actitud del pueblo alemán, permitiéndose darle consejos, como si se tratara del mismo pueblo que en 1918 se dejó seducir por sus ardides.

Como quiera que tengo ante mí una representación de todos los sectores que integran el pueblo alemán, quiero dirigiros diez preguntas que debéis responder francamente para que la nación alemana, el mundo entero y particularmente nuestros enemigos, sepan cuál es la actitud presente del pueblo alemán.

Afirman los ingleses que el pueblo alemán ha perdido la fe en la victoria.

Yo os pregunto: ¿Creéis con el Führer y con nosotros en la victoria total y definitiva del pueblo alemán?

¿Estáis decididos a seguir al Führer a través de todas las dificultades, y no obstante las duras pruebas personales a que seáis sometidos, hasta alcanzar la victoria?

Aseguran los ingleses que el pueblo alemán está cansado de luchar.

Os pregunto: ¿Estáis dispuestos a continuar la lucha con decisión inquebrantable hasta la victoria definitiva, soportando las vicisitudes de la guerra, junto al Führer, y como falange de la patria, tras el ejército combatiente?

Afirman los ingleses que el pueblo alemán no acepta de grado el trabajo intensivo de guerra que de él exige el Gobierno.

Yo os pregunto: ¿Estáis y está el pueblo alemán decidido, si el Führer así lo ordenara, a trabajar diariamente diez, doce y si fuera preciso, catorce o hasta diez y seis horas?

Aseguran los ingleses que el pueblo alemán se defiende contra las medidas de guerra total establecidas por el Gobierno, y que aquél no desea la guerra, sino la capitulación.

Yo os pregunto: ¿Deseáis la guerra total? ¿La deseáis, si fuera preciso, en forma aún más radical y total de lo que hoy nos podemos incluso imaginar?

Sostienen los ingleses que el pueblo alemán ha perdido la confianza en el Führer.

Yo os pregunto: ¿Es hoy vuestra confianza en el Führer más incomovible y firme que lo fué jamás? ¿Estáis dispuestos a seguirle de manera absoluta e ilimitada en todas sus decisiones, y a hacer cuanto sea necesario hasta que la guerra culmine en un final victorioso?

¿Estáis dispuestos a contribuir con todas vuestras fuerzas para que el frente del Este cuente con los hombres y armas que se precisan para dar el golpe mortal al bolchevismo?

¿Prometéis solemnemente al frente que la patria le respaldará siempre con moral firme y que le proporcionaréis cuanto necesite para alcanzar la victoria?

¿Queréis todos, y especialmente vosotras, las mujeres, que el Gobierno haga lo necesario para que también la mujer alemana contribuya con su esfuerzo a la guerra, y sean sustituidos en sus ocupaciones nuevos hombres que irán a ayudar a los que ya están en el frente?

¿Aprobáis la adopción de las más radicales medidas contra un pequeño grupo de reacios y especuladores que pretenden aprovecharse en propio beneficio de las necesidades del pueblo? ¿Estáis conformes con que aquel que cometa un delito contra la guerra pierda la cabeza?

Y por último: ¿Queréis, como el Programa del Partido nacionalsocialista propugna, que existan en la guerra los mismos derechos y las mismas obligaciones para todos, y que las cargas de ésta se distribuyan por igual entre los que están arriba y los que están abajo; entre los pobres y los ricos?

Os he preguntado y me habéis respondido clamorosa y unánimemente. Por vuestra boca ha hablado y definido su actitud todo el pueblo alemán. Habéis dicho a nuestros enemigos lo que conviene que sepan para que no alimenten falsas ilusiones.

Todos nosotros, en esta hora solemne de nuestra Historia, prometemos al frente, al Führer y nos prometemos a nosotros mismos, fundir la patria en un solo bloque en el que puedan confiar ciegamente el Führer y sus soldados combatientes. Todos, en nuestra vida y trabajo, nos obligamos a hacer todo aquello que consideremos indispensable para alcanzar la victoria.

Queremos llenar nuestros corazones de aquella pasión política que en las grandes épocas de lucha animó a nuestro Partido. Jamás en esta guerra caeremos en aquel letargo de falsa objetividad que tantos males ha causado a nuestra nación.

.....

El Führer espera de nosotros un rendimiento que exceda a todo lo conocido hasta ahora. Nosotros no le defraudaremos. Si nosotros estamos orgullosos de él, él lo estará también de nosotros.

La nación está dispuesta a todo. El Führer ha ordenado y nosotros le seguimos. Hoy vemos el triunfo al alcance de la mano. Para lograrlo, sólo hemos de dar pruebas de energía y decisión. Esto es todo lo que exige la hora presente.

Por esto, nuestra consigna reza:

¡Pueblo: en pie y a la acción!

Residencia  
de los estudiantes

3491. 3. 02.